

Homenaje Al Dr. Rodolfo Rencoret Donoso
Auditorio Paracelso, Escuela de Medicina PUCCh.
Julio 6 de 1989.

Discurso Sr. Rector, don Juan de Dios Vial Correa

Señor Decano, estimados amigos :

Yo quisiera en esta ocasión traer un testimonio de recuerdo del Profesor Rencoret. Este apelativo de "Profesor" es un anacronismo, porque en ese tiempo, a los profesores de aquí se los llamaba "Doctor" , porque en nuestro medio profesional no se aceptaba que los docentes en una universidad "de segunda" usaran el apelativo de "profesor".

Para quienes lo conocimos en los años cuarenta, la figura del Dr. Rencoret, evoca en primer lugar al Hospital Clínico de esta Universidad tal como este era en mis tiempos de estudiante. El hospital estaba recién abierto. Era mucho más chico que ahora, comprendía sólo la parte vieja de ahora. Se encontraba en una fase de instalación, en el tiempo de hacerse presente ante la colectividad como un sitio donde se podía hacer -y se hacía- medicina de buena calidad. Y esto ocurría en un medio que era notablemente escéptico en cuanto a las posibilidades que podía tener el hospital, que aparecía como muy pequeño y muy poco sofisticado, muy poco diversificado frente a hospitales que ya existían, que eran grandes, relativamente bien dotados y en los cuales tenían sus cátedras algunas personas de notable distinción que representaban la fuerza de la medicina chilena del momento.

Los recursos del hospital eran exiguos, hasta el punto que resulta difícil comprenderlo hoy para firmarse una idea. Recuerdo que había sólo dos Servicios : Medicina Interna y Cirugía. El Servicio de Medicina Interna debe haber contado con unos cuatro o cinco ayudantes a lo sumo, y eso era todo. El Servicio de Cirugía era más o menos otro tanto. Ese era el cuerpo docente. Cierto que los estudiantes éramos muy pocos, pero de todos modos desde el punto de vista asistencial y hospitalario era algo muy incipiente.

En esas estructuras humanas que están empezando a vivir, adquiere una importancia muy grande la personalidad de los que las conforman, o sea, el sello de la persona es mucho más poderoso, se siente mucho más directamente, que cuando la estructura es grande o el número de miembros es grande con muchas personalidades atrayentes - o no atrayentes - desde distintos puntos de vista. Aquí la persona marcaba a la institución y dentro de

las cosas con que marcaba estaban en primer lugar sus condiciones intelectuales y al mismo tiempo, y de manera muy importante, sus condiciones morales. En un grupo pequeño se siente con mayor fuerza el influjo moral de una personalidad, comparando con lo que puede ocurrir en un grupo más grande .

Fue allí donde en 1944 llegué como estudiante de tercer. año y empecé el trabajo en el Hospital Clínico, y me encontré con el Dr. Rencoret. La verdad sea dicha, para un estudiante -como primera aproximación- no era una persona especialmente atrayente. Es como el testimonio del primer momento. No era la persona con la cual uno se sentía espontáneamente en empatía, por razones que tal vez voy a explicar un poco más adelante. Pero se tenía la sensación de hallarse frente a un hombre profundamente serio, que tomaba tremendamente en serio lo que estaba haciendo, con un sentido muy especial de su responsabilidad.

Muy pronto se le hacía obvia a cualquiera su gran habilidad como cirujano. En ese tiempo nuestro Servicio de Cirugía funcionaba de una manera bastante primitiva. Basta recordar que los Pabellones de Cirugía, que funcionaban todos en la esquina de Portugal con Marcoleta, se abrían directamente al pasadizo del Hospital. Si uno andaba buscando un cirujano, iba pasando y se asomaba y le gritaba adentro ¿está el Doctor X?

La habilidad de don Rodolfo como cirujano era notable. Era una habilidad enteramente sin alardes, muy serena. El pabellón donde operaba era un pabellón tranquilo, parecía que no pasaba nada, aunque estuvieran pasando cosas realmente muy importantes en las que le iba la vida al paciente. Y esto en un momento en que, en Santiago por lo menos, era una moda distinta la de los cirujanos, la moda del cirujano gritón, que reta, que hace que el público siga las alternativas de la operación, un poco fanfarroneando con las dificultades que va encontrando. Don Rodolfo era otra cosa completamente distinta. El pabellón era un sitio muy tranquilo, con una gran aplicación a lo que se estaba haciendo, un lugar de serenidad.

Pronto nos dimos cuenta también que era muy buen médico. Su capacidad de observación y discriminación clínica era excepcionalmente grande; se podía tener una confianza muy firme en su diagnóstico, en su criterio de acción frente a un paciente, en las indicaciones quirúrgicas, etc., como un médico muy acabado, de lo cual él se enorgullecía mucho. Era uno de esos puntos en que afloraba inmediatamente una satisfacción personal consigo mismo, esto

de que era mejor clínico que la generalidad de sus colegas cirujanos. De algún modo lo hacía sentir, y era verdad.

Yo tuve la oportunidad de comprobarlo, porque nosotros en ese tiempo no terminábamos nuestros estudios aquí, sino que pasábamos a otros hospitales. Tuve oportunidad de compararlo con algunos de los cirujanos de más renombre y más alta calidad que tenía en esos tiempos la medicina chilena y don Rodolfo Rencoret era obviamente superior a ellos como médico. Su criterio médico era más agudo, más acertado.

Nosotros encontrábamos que era una persona muy parca de palabras, pero parco a veces hasta una cierta inhabilidad, inhabilidad, porque naturalmente no se va a pedir a un Profesor de Cirugía que sea un orador, pero en ocasiones le faltaba demasiado para eso. Me acuerdo que mucho tiempo después, en ocasión en que se trataba de la graduación de los alumnos de medicina o de una fiesta de ese tipo, en el Salón de Honor de la Universidad, le correspondía a él hacer un pequeño discurso. Entonces se plantó delante del auditorio y dijo : "...Y es muy bueno y significativo que esta graduación de ustedes tenga lugar en el día de San Donato... esto es muy significativo..." y ahí terminó. Supongo que habría detrás de eso una larga disquisición interior sobre la dación, donación de sí mismo que hace el médico a sus pacientes y a la colectividad en general, y seguramente en su imaginación en alguna parte de él había guardado aquello, porque había ido a misa, había abierto su misal y había visto que era el día de San Donato, y lo había relacionado. Pero cuando trató de decirlo, nada de eso salió afuera, con el consiguiente desconcierto del público que no entendía a qué venía San Donato...

Al lado de un enfermo las palabras eran muy pocas y no había ninguna tentativa de su parte para hacerlas brillantes, o de hacer exposiciones sistemáticas, para llegar a sus alumnos por ese camino. Incluso su enseñanza tenía una forma muy humilde. Él hacía una muy buena enseñanza, con clases, que eran realmente buenas. Tengo que decir que son clases que recuerdo hasta hoy y algunas de ellas me han servido, porque de cuando en cuando -uno que no tiene nada que ver con los enfermos- en el momento en que se enteran de que uno es médico, le consultan y algunas opiniones que he tenido que dar y que no han resultado desacertadas, venían de las clases de don Rodolfo directamente. Él se apegaba al texto de Forgue con gran rigor, pero lo aterrizaba mucho en su experiencia práctica,. De ese modo un alumno podía estudiar en ese texto; no nos dejaba abandonados a buscar bibliografías, que en ese tiempo no había porque la biblioteca era muy pobre y estábamos en plena guerra mundial. Se apegaba a un libro que fuera

accesible para nosotros y las lecciones de ese libro las iba cotejando con su propia experiencia. Y era una enseñanza apegada a los hechos. Con el enfermo o en la sala o en el auditorio iba muy rigurosamente siguiendo los hechos, lo cual me impresionó mucho y me marcó en mis estudios médicos, porque encontré varios profesores que eran así, que en alguna forma se las arreglaban para extraer la enseñanza de lo que uno estaba mirando. El maestro de ellos creo que era Ismael Mena, el profesor de Anatomía Patológica, quien con una pieza anatómica -en la que al principio no se veía nada más que un pedazo de grasa y algún otro tipo de tejido difícil de identificar - reconstruía una historia clínica a partir de un hecho muy concreto y muy simple, cogiendo la significación de los hechos y haciéndosela aparente a los alumnos. Don Rodolfo tenía esa virtud, esa gracia; mostraba los hechos y se tenía la sensación de que él mismo no estuviera enseñando nada.

Naturalmente que ese contacto real, vivo, en torno de una cosa, de un arte de curar y de enseñar, iba cambiando la relación con la persona que había parecido algo remota, ella se iba haciendo próxima, no con esa especie de simpatía superficial que se expresa en risas o palmatazos, sino porque uno se encontraba con él en la realidad de los hechos. Entonces se iba viendo con más simpatía a la persona, al hombre, en forma independiente de su enseñanza. ¿Y qué se encontraba? Cosas que también marcaban, marcan y que debían ser el sello del médico. Una disposición austera. Era un hombre austero, austero en su vida, en sus palabras, sin asomo de fanfarronería o de vano lucimiento, ni por su inteligencia, ni por cosas materiales, como corresponde ser a un hombre que está en contacto permanente con el sufrimiento humano, con las grandes opciones del ser humano. El estudiante de Medicina nunca debe olvidar que ellos enfrentan al hombre en sus últimas opciones y eso le imprime a la profesión una especie de gravedad que no tienen otras y que se refleja en la forma de vida de los que aman realmente ese oficio.

Era de una disposición austera, sin ninguna prepotencia. He conocido muy pocas personas menos prepotentes. Era autoritario. Las cosas las manejaba como él creía que deberían manejarse. Pero se podía establecer con él una relación muy cordial, muy profunda, muy sobria, sin ninguna estridencia, sin ninguna desmesura.

Don Rodolfo Rencoret era un hombre respetuoso. Uno sentía que no era mirado en menos y, no era mirado en menos, no por ningún servilismo, deseo de adularlo, sino porque miraba a su alumno probablemente como miraba a su enfermo: como una persona que es integralmente digna de respeto.

Junto con eso uno iba viendo que dentro de esa personalidad, que era muy retraída, era un hombre profundamente cálido y humano; eso se veía físicamente -cuando uno tenía ya un poco más de confianza con él- en los ojos, en la sonrisa que se le iluminaba. La sonrisa era expresión del alma y no simplemente un movimiento de los músculos faciales.

Me llamó la atención siempre la manera de encarar el sufrimiento moral y físico de sus enfermos y la manera de ayudarlos con muy pocas palabras, siempre oportunas a encarar, aceptar y vivir el problema humano que les afectaba. Tuve la oportunidad de tener gente de mi familia que fue tratada por él y eso era muy impresionante. Tenía pocas palabras, pero la palabra justa frente a la queja, a la expresión de desesperación o de angustia. El encontraba la palabra, creo que sus pacientes lo respetaban porque lo comprendían y lo consideraban como una persona humana. Eso lo usaba para ayudar a los enfermos. Esa fue la manera, con él encaró su enfermedad, hizo frente y esperó su muerte. Esa era una actitud que venía de muy dentro de su ser, lo que es más importante. Eso fue lo que transparentó en su manera de afrontar sufrimientos morales, que fueron muy grandes y muy crueles. El cuerpo médico suele ser cruel. Al Dr. Rencoret le tocó una cuota de sufrimiento realmente muy grande. No estoy haciendo un panegírico, no estoy diciendo que siempre tuviera la razón. Hay circunstancias en la vida que determinan cambios de organización, de criterio, y en las que una persona de repente se ve afectada en forma innecesaria o demasiado dura. Tengo que decir que muy pocas veces en la vida me ha tocado encontrar una persona que haya hecho frente como él lo hizo, sin nunca una expresión destemplada, nunca una crítica amarga, nunca un "pelambre". Es de los poquísimos médicos a quien nunca oí "pelar" a nadie.

Eso que es normal cuando las cosas van bien es raro de encontrar en alguien cuando le está yendo muy mal y cuando está afrontando situaciones muy difíciles y cuando está sufriendo mucho. Y en él fue así. Eso me marcó, me dio una dimensión de su vida muy especial.

Sería banal decir que era un hombre muy religioso. Ciertamente lo era. Era un hombre profundamente abierto al misterio de Dios. El sabía de la contingencia, de lo pasajero de las cosas humanas, y de lo permanente, de lo incambiante, de lo todopoderoso de la realidad de Dios. Sabía de la diferencia de la creatura al Creador y lo sabía en forma amorosa, como un cristiano, no como un hombre que tiene miedo, sino como un hombre que ha visto en

alguna parte de su ser cómo se colocan las cosas en perspectiva, cuáles son las cosas que importan y cuáles las importan sólo en un plan o subordinado. Y no se engañó jamás en eso. No perdió nunca -dentro del tiempo que yo lo conocí- la visión clara de eso que le permitía aceptar a los otros hombres, aunque los otros hombres no lo aceptaran a él, que le permitía ayudarlos aunque no lo quisieran, que le permitía inclinarse sobre el enfermo o sobre el alumno recién llegado, respetándolo como si fuera una persona ya cabal, completa, un profesional cabal. Tenía esa actitud. Creo que nacía de una apertura al misterio de Dios y eso le permitía entender el misterio del hombre.

He ido mezclando un poco las cosas que me impresionaron de don Rodolfo Rencoret cuando era alumno y después cuando fui docente de la Escuela de Medicina, donde lo encontré en cargos directivos. Quisiera señalar algo que me impresionó muchísimo cuando lo encontré, yo ya siendo profesor recién llegado, joven de 26 ó 27 años, cuando me hice cargo del curso de Histología, y tuve que tratar con él como autoridad de la Facultad. Esta persona que daba la impresión de retraimiento y de timidez, tenía una forma peculiar de audacia que explicaba todas las cosas que hizo. Era un hombre que se atrevía. Y la forma de ser audaz de Rencoret era hacerle confianza a algunas personas, jugarse. Simplemente, su intuición a veces era acertada y a veces no, pero lo llevaba a hacer una confianza muy radical, a aceptar los errores de las personas a quienes había dado confianza y seguir con ellos. Darle tiempo al tiempo y en esa forma entonces afinarlo a uno como docente, tal como lo había afinado como alumno. A veces pienso : ¿Cómo pasó aquello? ¿cómo se me entregaron tales responsabilidades con tan pocos antecedentes para hacerlo? ¿cómo se jugó tanto de su propio prestigio, de su propia situación, creyéndole a éste, apoyándolo contra toda apariencia, todos los prejuicios del cuerpo médico y curiosamente contra sus propios prejuicios? Para concretar un poco, el Dr. Rencoret había sido profesor de Anatomía. Era un ramo por el cual tenía un particular afecto. Él sabía que mis ideas en cuanto a la enseñanza de Anatomía, que obviamente no era mi especialidad, eran radicalmente distintas y contrapuestas a las suyas y sin embargo, me hizo confianza y me apoyó contra viento y marea y él tuvo conflictos por cuenta mía, conflictos que yo le causaba.

Estoy seguro que de su parte era una suerte de fe en la persona y vi que lo hacía con otros. Era su manera de hacer las cosas, dar a otros la posibilidad de correr y jugarse él en el puesto ingrato del que apoya, aunque él no estaba siquiera convencido, sino que tenía fe que se estaba haciendo una cosa bien hecha y de que estaba entregada a la persona que él destacaba.

No quiero hacer que esto suene como un panegírico, una necrología, como uno de esos discursos destinados a alabar a una persona por los muchos méritos que él tuvo, sino que lo que quería hacer era recordar -en el sentido propio de la palabra- que es traer algo al corazón y traer algo esencial al corazón, porque las circunstancias cambian y las virtudes no cambian. Tampoco cambia aquello en lo que don Rodolfo creyó, que es lo que llama el Evangelio "la única cosa necesaria". Por eso es fácil recordarlo y por lo menos para mí -que fui su alumno- está siempre presente, son cosas permanentes, están hoy día vigentes y están ahí para que nosotros las hagamos vigentes en nuestras propias vidas.

Y me alegro mucho de ver esta continuación de la memoria de don Rodolfo en nuestra Facultad. Es como a él le hubiera gustado ser recordado.